

Te invitamos a leer
las primeras páginas de este
libro, y las de todo nuestro
catálogo.

Pero si te gusta leer en papel, acá
podés conseguir tu ejemplar.



Stanisław Lem

FIASCO



Traducción de: Bárbara Gill Żmichowska

INTERZONA

INTERZONA

línea C

Lem, Stanislaw

Fiasco / Stanislaw Lem. -1a ed.- Ciudad Autónoma de Buenos Aires:

interZona editora, 2023.

400 p.; 13 x 21 cm. - (Línea C)

Traducción de: Bárbara Gill.

ISBN 978-987-790-088-0

1. Literatura. 2. Ciencia Ficción. 3. Narrativa Polaca. I. Gill, Bárbara, trad. II. Título.

CDD 891.853

© Tomasz Lem, 2016
www.lem.pl

© interZona editora, 2023
Pasaje Rivarola 115
(1015) Buenos Aires, Argentina
www.interzonaeditora.com
info@interzonaeditora.com

Título original: *Fiasko*

Coordinación editorial: Fernando Ozón

Traducción: Bárbara Gill

Corrección: Mónica Campos y Fátima Nieves García

Diseño de maqueta: Gustavo J. Ibarra

Composición de interior: Natalia Brega

Composición de tapa: Fernando Ozón

Vectores de tapa: Shutterstock

ISBN 978-987-790-088-0

INSTYTUT KSIĄZKI



© POLAND

Esta publicación ha sido subsidiada por Instytut Książki

© POLAND programa de traducciones.

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.



EL BOSQUE BIRNAM

–Lindo aterrizaje.

El hombre que lo dijo ya no miraba al piloto con escafandra y casco bajo el brazo. Se acercó a la pared vidriada de la sala de control redonda, con sus consolas formando una herradura central, y se quedó mirando el enorme, aunque lejano cilindro de la nave, con sus toberas tiznadas. Que seguían salpicando el hormigón con un vómito negruzco. El segundo controlador, robusto, con la boina encajada sobre su cráneo calvo, hizo retroceder las cintas de registro, y cuando iban enrollándose, con el rabillo, como un pájaro de párpado inmóvil, bizqueaba hacia el recién llegado. Tenía los auriculares puestos, y delante de sí una serie de monitores destellando caóticamente.

–Más o menos –aceptó el piloto. Simulando que para desatar los pesados guantes con doble cordonaje le resultaba imprescindible, se apoyó apenas sobre el borde saliente de la consola. Después del aterrizaje le cosquilleaban las rodillas.

–¿Qué fue eso?

El petiso parado delante de los vidrios, con una campera de cuero gastada, una cara de ratón mal afeitado, se palmeaba los bolsillos, hasta encontrar los cigarrillos.

–Deflexión de la propulsión –masculló el piloto, algo sorprendido por la flemática bienvenida.

El otro, con el cigarrillo ya entre los labios, le dio una pitada y preguntó a través del humo:

–¿Y por qué? ¿Usted no sabe?

“No”, quiso responder el piloto, pero guardó silencio; le pareció que debía saber. La cinta había terminado. Su último pedacito aleteaba con las vueltas del carrete. El grandote se levantó, se sacó los auriculares, recién ahí saludó inclinando la cabeza y ronqueó:

–London. Y este es Gosse. Bienvenido a Titán. ¿Qué se toma? Puede ser café o whisky.

El joven piloto se abochornó. Conocía los nombres de esas personas, pero nunca los había visto y, sin darse cuenta, había supuesto que el grandote debía ser el jefe, y que era Gosse, pero era al revés. Acomodándose en la cabeza, eligió el café.

–¿Y la carga? ¿Cabezales de carborundo? –preguntó London, cuando los tres estaban sentados junto a una mesita extendida de la pared, con el café humeante en jarros parecidos a vasos de precipitación de laboratorio: tenían piquitos. Gosse tragó una píldora amarilla con su café, suspiró, se puso a toser y se sopló los mocos, con tanta fuerza que los ojos se le llenaron de lágrimas.

–¿También trajo emisores de radiación, no? –se dirigió al piloto.

Este, nuevamente sorprendido, porque esperaba mayor interés por su hazaña, solo asintió con la cabeza. No todos los días a la nave se le ahoga la propulsión durante el descenso. En lugar de la lista del cargamento tenía listo el relato de cómo, sin siquiera intentar destapar las toberas, ni aumentar la propulsión principal, de inmediato había desconectado el automático y se había sentado sobre los *boosters*, un truquito que solo había practicado en un simulador. Y de eso hacía mucho. O sea, una vez más tuvo que reacomodar las ideas.

–Traje –fue todo lo que dijo y hasta sintió satisfacción, había sonado bastante bien. Con ese laconismo eludió el peligro.

–Pero no donde correspondía –sonrió el pequeño Gosse. El piloto no supo si era un chiste.

–¿Cómo que donde no...? Pero ustedes me recibieron. Me llamaron –se corrigió.

–Tuvimos que hacerlo.

–No entiendo.

–Pero usted tenía que descender en Graal.

–¿Entonces por qué me desviaron del curso?

Sintió calor. El llamado había sonado categórico. Por cierto, al bajar la velocidad había pescado un informe de Graal sobre un accidente, pero entendió poco y nada por las interferencias. Por lo tanto llegó a Titán desde Saturno, para que su gravitación le hiciera bajar la velocidad y así ahorrar combustible, por eso había rozado la nave con la magnetosfera del gigante, hasta que le chirriaron todas las bandas de ondas. Poco después recibió el llamado de ese cosmódromo. El navegante debe obedecer al control de vuelos. Y acá ni siquiera le dejaron sacarse la escafandra y de inmediato lo ametrallaron a preguntas. Su espíritu seguía estando en la sala de navegación, con los cinturones incrustándose rabiosamente en sus brazos y pecho, cuando el cohete aporreó el hormigón con sus patas abiertas, pero los *boosters* no habían terminado la ignición y sacudían todo el corpachón escupiendo fuego.

–¿Qué pasa? ¿Dónde debía descender?

–Sus bultos le pertenecen a Graal –explicó el pequeño, sonándose la enrojecida nariz. Estaba acatarrado–. Y nosotros lo pescamos en la órbita y lo llamamos para acá porque necesitamos a Killian. A su pasajero.

–¿A Killian? –se asombró el joven piloto–. No lo tengo. Fuera de mí solo está Sinko, el segundo piloto.

Los otros se quedaron duros.

–¿Dónde está Killian?

–Ahora seguro que en Montreal. Su esposa está pariendo. Se fue antes que yo, con un transbordador de carga.

–¿Desde Marte?

–Claro, ¿de dónde si no? ¿Qué pasa?

–El caos que reina en el Cosmos no tiene nada que envidiarle al terráqueo –observó London, llenando una pipa con tabaco, con

tanta fuerza como si quisiera hacerla añicos. Estaba furioso. El piloto también.

–¿Y no se les ocurrió preguntarme?

–Estábamos seguros de que venía con usted. Eso decía el último radiograma.

Gosse volvió a sonarse la nariz y suspiró.

–De todos modos, ya no puede partir –al fin dijo–. Y Marlin se desesperaba por esos emisores. Ahora toda la culpa va a ser mía.

–Pero los tengo –el piloto señaló con la cabeza la niebla detrás de los vidrios, donde negreaba la ahusada silueta de su nave–. Son como seis. Y dos son de gigajoules. Despejan cualquier niebla o nube como nada.

–Pero no me los puedo cargar a la espalda y llevárselos a Marlin –retrucó Gosse, cada vez más malhumorado.

La desidia y la arbitrariedad de un cosmódromo de segunda, el cual, como había dicho el jefe, lo había interceptado después de tres semanas de vuelo, sin asegurarse de que llevaba al esperado pasajero, hicieron mella en el piloto. No se apresuró en informarles que ellos deberían hacerse responsables de su carga. No había modo antes de arreglar la avería, aunque quisiera. Guardó silencio.

–Obvio, se queda con nosotros.

Con esas palabras London terminó su café y se levantó de la silla de aluminio. Era enorme, como un luchador de sumo. Se acercó a la pared vidriada. El paisaje de Titán, la rabia muerta de las montañas, de colores imposibles nimbados de herrumbre, con nubes marrones oprimiendo sus cumbres, era un excelente fondo para su figura. El piso de la torre vibraba delicadamente. “Generador eléctrico viejo”, pensó el piloto. También se incorporó, para echar una ojeada a su nave. Se erguía vertical como un faro perforando la niebla baja. Unas ráfagas la despejaron, pero ya no se veían las manchas que habían dejado las toberas recalentadas. Quizá por la distancia y la penumbra, o quizá simplemente porque se habían enfriado.

–¿Tienen algún deflectoscopio gamma? –La nave le resultaba más importante que el problema de los otros. Se lo habían buscado solitos.

–Tenemos. Pero no le permitiré a nadie que se acerque al cohete con una escafandra simple –se oyó a Gosse.

–¿Usted cree que es la pila? –se sobresaltó el piloto.

–¿Y usted?

El pequeño jefe también se paró y se acercó a ellos. Desde las rendijas a lo largo de los vidrios curvos llegaba un calorcito amable.

–Durante el descenso la temperatura saltaba fuera de norma, pero los contadores geiger siguieron callados. Debe ser solo la tobera. A lo mejor escupió la cerámica fuera de la cámara de fuego. Me dio la impresión de perder algo.

–La cerámica se fue por las suyas, pero hubo una fuga –sentenció con firmeza Gosse–. La cerámica no se funde.

–¿Y ese charco? –se asombró el piloto. Estaban parados ante los vidrios dobles. Bajo la popa, en efecto, se extendía un charco negro. Las nieblas empujadas por el ventarrón envolvían a cada rato el corpachón de la nave.

–¿Qué tiene en el reactor? ¿Agua pesada o sodio? –preguntó London. Le llevaba una cabeza al piloto. Desde la radio les llegaron unos chilliditos. Gosse dio un salto, se calzó los auriculares con el laringófono y comenzó a hablar bajito.

–No puede ser el reactor... –dijo desolado el piloto–. Tengo agua pesada. Está más límpida que una lágrima. Transparente. Y esto es negro como el alquitrán.

–Entonces sonó la refrigeración de la tobera –acordó London–. Y reventó la cerámica.

Hablaba como si se tratara de fósforos. No se preocupó para nada por la avería, la que había condenado al piloto y a la nave a permanecer en ese agujero.

–Seguro... –asintió el joven–. Al frenar la mayor presión está en los encamisados. Si la cerámica se raja en un lugar, entonces la propulsión barre todo el resto. Escupió todo de la tobera del timón.

London no contestó nada. El piloto agregó, vacilando:

–A lo mejor descendí un poco cerca...

–Tonterías. Lo bueno es que en definitiva pudo descender.

El piloto esperó más observaciones parecidas a una felicitación, pero London se volvió hacia él y lo observó desde el despeinado cabello claro hasta los pies con los zapatos blancos de la escafandra.

–Mañana mando un técnico a la deflectoscopia... ¿Puso el reactor en punto muerto? –preguntó de improviso.

–No. Lo desconecté. Como en dique seco.

–Eso está bien.

El piloto ya sabía que no tenía a quién contarle los detalles de su lucha con el cohete justo encima del cosmódromo. El café estaba bien, pero los anfitriones, que lo habían obligado a ser el huésped, ¿no deberían darle una habitación y un baño? Soñaba con una ducha caliente. Gosse seguía farfullando ante el micrófono. London seguía parado, inclinado sobre él. La situación era confusa, pero tensa. El piloto sentía que en las cabezas de esos dos había algo más importante que su aventura y que se relacionaba con las señales de Graal. En vuelo había llegado a percibir unos pocos fragmentos –se decía algo de unas máquinas, que no habían llegado, y que las estaban buscando–.

Gosse giró con el sillón, con lo cual el cable, demasiado estirado, le bajó los auriculares desde las orejas hasta el cuello.

–¿Y dónde está ese Sinko suyo?

–En cubierta. Le ordené que revisara el reactor.

London seguía interrogando con la mirada a su jefe. Este negó imperceptiblemente con la cabeza y gruñó:

–Nada.

–¿Y sus helicópteros?

–Volvieron. Visibilidad cero.

–¿Preguntaste por la capacidad de carga?

–No les da. ¿Cuánto pesa un gigatransmisor? –se dirigió al piloto, atento al diálogo.

–No lo sé con exactitud. Poco menos de cien toneladas.

–¿Y ellos qué están haciendo? –insistía London–. ¿Qué esperan?

–A Killian –contestó Gosse y puteó contundentemente.

London sacó de un armarito embutido en la pared una botella de White Horse, la sacudió, como considerando si era un medio suficiente para el estado de las cosas, y la devolvió al estante. El piloto seguía de pie y esperando. Ya no sentía el peso de la escafandra.

–Se nos murieron dos hombres –se oyó la voz de Gosse–. No llegaron a Graal.

–No son dos, sino tres –rectificó sombrío London.

–Hace un mes –retomó Gosse– recibimos un transporte de Diglatores nuevos. Seis para Graal. Graal no podía recibir a la nave porque no habían llegado a hormigonar el cosmódromo. Cuando aterrizó el primer contenedor, el “Aquiles”, noventa mil toneladas, todo el blindaje de placas, garantizado por la comisión, se hizo añicos. Menos mal que la nave no tuvo un vuelco. Tardaron más de dos días para sacarlo y llevarlo al astillero. Se lo pasaron inyectándole cemento, cubrieron con una capa ignífuga el puerto y lo abrieron. Pero los Diglatores seguían acá. Los caballeros expertos consideraron que el traslado con un cohete no valía la pena, además el capitán de la “Aquiles” es Ter Leoni. Mirá si iba a volar una noventa mil las ochenta mil millas desde Graal hasta acá, ¿te parece que semejante monstruo es una pulga? Marlin envió a dos de sus mejores pilotos. La semana pasada trasladaron dos máquinas a Graal. Ya están trabajando allá. Anteayer los mismos hombres volvieron en helicóptero para llevarse más máquinas. Salieron al amanecer, al mediodía pasaron por el Gran Pico y cuando comenzaron a descender se interrumpió la comunicación. Se perdió un montón de tiempo porque desde el Pico el guiado es de Graal.

¿Te gusta el libro que empezaste a leer?
¿Querés saber cómo sigue?

Conseguilo en interzonaeditora.com
y en las mejores librerías.

¡Gracias por leer!



[COMPRAR LIBRO](#)

interZona es una editorial literaria independiente fundada en Buenos Aires en 2002 que se ha convertido en uno de los espacios de publicación más innovadores y reconocidos de Latinoamérica por la diversidad de autores y de títulos que publica.

En **interZona** verán reunidos a escritores noveles con otros ya consagrados; a los de habla hispana con los de otras lenguas; a los poetas con los ensayistas, los dramaturgos y los novelistas; en suma, a todos aquellos que hacen posible una conversación de voces múltiples, desprejuiciada, vivaz, arriesgada, pero siempre orientada por el estilo y la marca de calidad con la que intentamos perfilar nuestra línea editorial.

INTERZONA